

CULTURAS Y ETNIAS PROTOHISTORICAS: AREA ANDINA MERIDIONAL (1)

JORGE HIDALGO LEHUEDE

RESUMEN

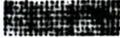
Se intenta una discusión de los agricultores andinos meridionales en víspera de la conquista europea, partiendo de una clasificación general de los conjuntos culturales del cono sur de América. Se señalan los grupos étnicos andinos y se procura caracterizar su volumen demográfico, economía, organización social, sistema político e ideología. Para estos efectos se ha dividido el área en sector nuclear y periferias oriental y sur. Si bien se ha seguido un método de análisis etnohistórico se han recogido las informaciones y/o hipótesis de arqueólogos y antropólogos para enriquecer o discutir los datos de las fuentes escritas.

ABSTRACT

Southern south Andean agriculturist on the eve of European conquest are studied. Ethnical groups are discussed under different aspects: demographic data, economic patterns, social organization, political system, ideologies. The area has been organized into a nuclear western sector and two peripheral divisions located towards the east and south respectively.

Ethnohistorical methodology has been enriched by archaeological and anthropological data and hypotheses.

CLASIFICACION DE LOS GRUPOS ETNICOS DEL CONO SUR DE AMERICA

	AGRICULTORES ANDINOS MERIDIONALES
	DEPREDADORES Y AGRICULTORES AMAZONICOS, DEL CHACO Y MESOPOTAMIA
	CAZADORES DE LA PAMPA Y LITORAL
	PESCADORES CAZADORES Y RECOLECTORES DE LOS ARCHIPIELAGOS



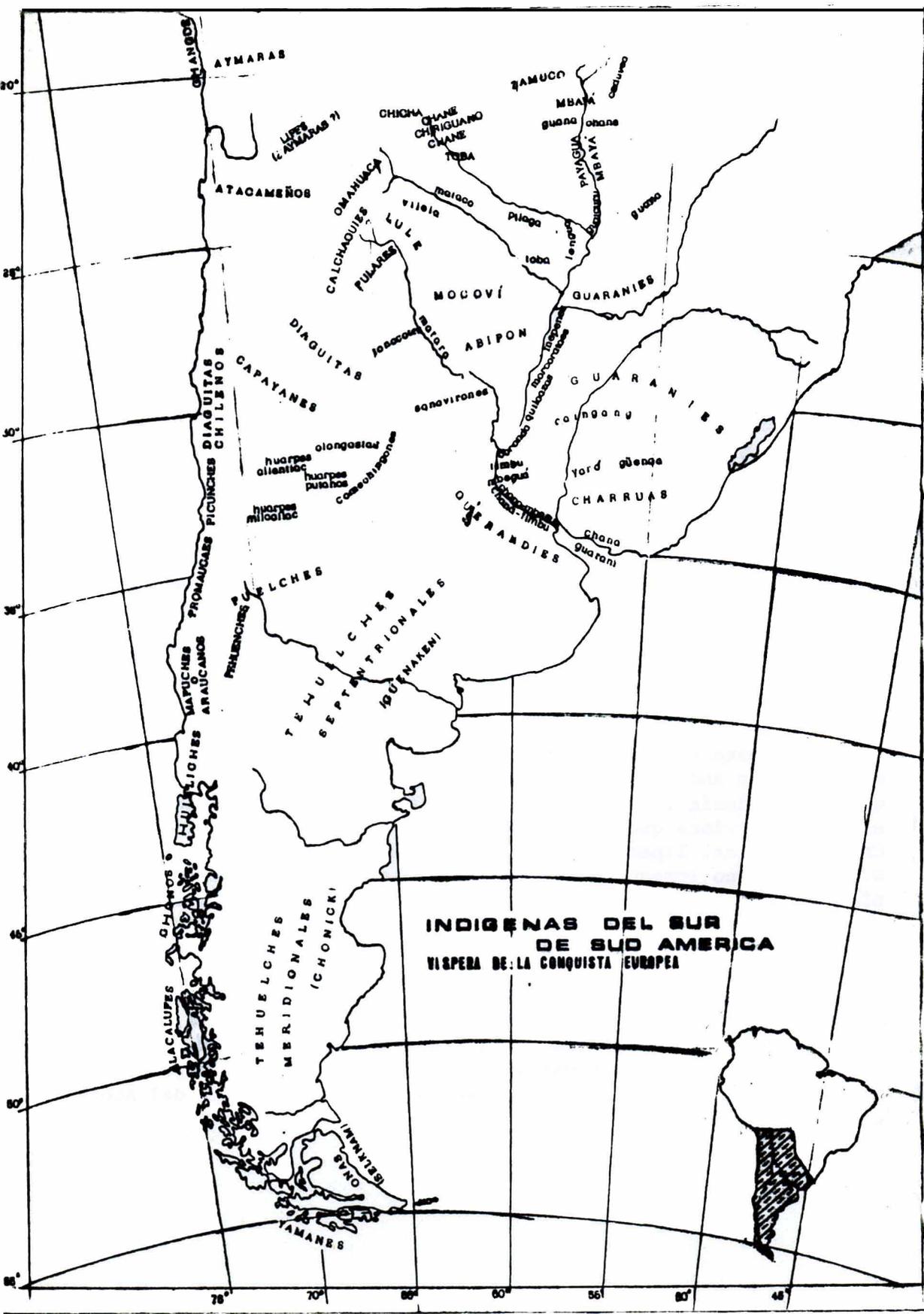
INTRODUCCION

El cono meridional de América del Sur presentaba al momento de los primeros contactos con los europeos una abigarrada configuración cultural. Para los propósitos de este trabajo distinguiremos solo cuatro grandes grupos considerando criterios básicamente económicos y distinguiendo grandes áreas de cotradición cultural (Palavecino, 1948, Bennett, 1948, González y Pérez, 1966, Ibarra Grasso, 1967, Lumbreras, 1969, 1977). Estos serían:

a) Los agricultores andinos meridionales; b) los agricultores de tradición amazónica que convivían con los cazadores, pescadores y recolectores del Chaco y del litoral; c) los cazadores, pescadores y recolectores de la Pampa y Patagonia y d) los pescadores, cazadores y recolectores de los archipiélagos australes. Obviamente ninguna clasificación está libre de inconsistencias, vacíos y contradicciones, pero nos parece útil para intentar una descripción y análisis relativamente ordenado y coherente de conjuntos culturales protohistóricos, a la vez, nos ofrece un marco de referencia contextual del desarrollo de los agricultores andinos.

En relación a lo anterior, entendemos por agricultores andinos meridionales, todas las sociedades cuya fuente de subsistencia principal fue el cultivo de la tierra y la crianza de llamas y alpacas. Ocupaban el sector occidental del continente, es decir, el sector de los Andes que sigue al Sur de Perú y Bolivia; comprendiendo tres cuartas partes de Chile y N.W. de Argentina, con inclusión de la provincia de Mendoza.

Nos parece conveniente, a la vez, subdividir los agricultores meridionales andinos en tres grandes grupos: 1) *el sector nuclear*, que comprendería los pueblos de mas clara tradición andina; desde el punto de vista geográfico eran los que habitaban en el Norte de Chile (aymaras, lipes, changos, atacameños y diaguitas chilenos) y N.W. Argentino (omaguacas y las distintas entidades que se describían como diaguitas); 2) al Este y Sur de estos grupos, en Argentina, habitaban pueblos que habían recibido influencias andinas, pero también amazónicas, chaqueñas y pampinas según el caso, serían los lules y tonocotes del Tucumán (nominados juries en las crónicas tempranas), los sanavirones y comechingones en las sierras de Córdoba y San Luis y los huarpes en San Juan y Mendoza, todos los cuales los integraremos en la *periferia oriental andina*; 3) el tercer sector lo denominaremos *periferia Sur Andina*. Comprende los grupos de habla mapuche que seguían al Sur del Valle del Aconcagua hasta Chiloé.



INDIGENAS DEL SUR DE SUO AMERICA
VISPERA DE LA CONQUISTA EUROPEA

Grupos Étnicos del sector nuclear. De todos los horizontes arqueológicos de amplia distribución en el área andina central, Chavin, Tiahuanaco e Inca, sólo el último se extendió ampliamente en el sector nuclear del área andina meridional (González, 1963, 106). No obstante que los incas quisieron hacer creer a los españoles que a ellos debía atribuirse el adelanto que se observaba en aquellos pueblos, éstos últimos habían iniciado el proceso de la experimentación agrícola y la domesticación de ganado con anterioridad al 2000 A.C. en el área atacameña (Bittmann *et al.* 1978). Habían alcanzado el dominio agropecuario, técnicas complejas como metalurgia y cerámica en fechas que se inician alrededor del 1000 A.C. en el norte de Chile y entre el 500 A.C. y los primeros siglos de la era cristiana en el N.W. argentino y la zona de los valles transversales. Sin pretender identificar los pueblos históricos que habitaban el área con las culturas arqueológicas que les precedieron, se puede sí establecer que hacia el 1000 D.C., después de la fragmentación de la unidad forjada por la influencia de la cultura Tiahuanaco o influencias sud-bolivianas, directas o indirectas, esta herencia cultural y los aportes étnicos mencionados dieron origen a la constitución de varios de los etnos que encontraron los conquistadores. Este período, de los llamados desarrollos regionales post Tiahuanaco y pre-incaico, es el que permite junto con las evidencias etnohistóricas, caracterizar estas sociedades hacia la víspera de su invasión por los europeos; en las páginas que siguen presentaremos brevemente los datos tempranos referentes a la cuantía demográfica e identidad lingüísticas de estos etnos.

La población aymarofona del norte de Chile, o sea de Arica y Tarapacá, agrupados en diferentes señoríos o cacicazgos, así como pescadores de la misma área ha sido estimada en base a los títulos tempranos de encomienda que ascendían a unos 5000 aymaras y 600 o 700 changos en 1540. Esta población habría sido mayor con anterioridad a su traslado como mitimaes por los Incas, calculándose en unas 8851 personas incluyendo a los pescadores (Larraín, 1975). La relación entre estos pescadores tardíos y los agricultores de los valles y del interior ha quedado registrada por la arqueología y la documentación histórica con algunas contradicciones no resueltas del todo.

Bibar calificaba a los indios pescadores que habitaban desde Arica a Coquimbo de "bárbaros" que sólo se sustentaban de pescado. Pero cuando describía sus actividades era obvio que tenían acceso al cobre y a los camélidos. Lozano Machuca (1581) decía que en la costa de Atacama habían 400 "indios pescadores uros, que no son -

bautizados, ni reducidos, ni sirven a nadie, aunque a los caciques de Atacama dan pescado en señal de reconocimiento. Es gente muy bruta, no siembran ni cogen y sustentanse de solo pescado" - (R.G.I., Vol. II, 61). Las expresiones despectivas deben atribuirse a los informantes aymaras para quienes cualquier pescador era un uro y por solo serlo se lo consideraba inferior, (Wachtel, 1978). Pero, las evidencias arqueológicas muestran otras realidades. Los pescadores registrados en las tumbas de la costa, cercana a los valles, se encuentran vestidos con los mismos tipos de ropa y atuendos que los agricultores del interior; generalmente junto a su ofrenda se encuentra cerámica, objetos de metal y productos comestibles agrícolas además de sus instrumentos de pesca. No sabemos si en caletas aisladas pudieron subsistir relictos de poblaciones pescadoras más antiguas. Bird (1946, Vol. II 597) llamó la atención sobre la incongruencia entre el registro arqueológico y las descripciones de los "changos" históricos o pescadores nómadas, concluyendo: "Chango culture, from at least Paposo southward, appears to have been a blend of elements drawn from the various cultural division in evidence at Arica and Punta Pichalo". De aquí que otros autores consideren a los changos no como un grupo étnico independiente, sino como el resultado del empobrecimiento sufrido por los descendientes de los "atacameños" (Willely, 1971, Vol. II, 199). En otras palabras serían un producto de la situación colonial. Un párrafo de Lizárraga (B.A.E., Vol. 216, 50) pareciera confirmar esta tesis, cuando describe a los habitantes de la costa desde Atacama a Copiapó: "en este trecho de tierra hay algunas caletillas con poca agua salobre, donde se han recogido y huido algunos indios pescadores, pobres y casi desnudos; los vestidos son de pieles de lobos marinos y en muchas partes de esta costa beben sangre de estos lobos a falta de agua; no alcanzan un grano de maíz ni lo tienen; su comida es sólo pescado y marisco. Llamam a estos *indios Camanchacas*, porque los rostros y cueros de sus cuerpos se les han vuelto como una costra colorada, durísimo; dicen les proviene de la sangre que beben de los lobos marinos, y por ese color son conocidísimos" (subrayado nuestro) (2).

Parece evidente que los grupos pescadores coloniales se encontraban divididos en diferentes etnos, recibiendo los apelativos o llamándose a sí mismos uros, camanchacas y proanches, hasta que desde mediados del siglo XVII se generalizó el de changos (Cassassas, 1974 y Bittmann, 1977). Mas compleja puede presentarse la situación étnica si se considera el vocabulario chango y atacameño recopilado por el ingeniero Bresson en 1870 - 1874. Este vocabulario muestra que la lengua del grupo chango de Paposo era la

mapuche (Andre-Marcel d'Ans, 1976, 124-130). Esto permite plantear la hipótesis, alternativa a la de Willey, de que algunas parcialidades "changos" hubiesen sido el resultado de poblaciones desplazadas de Chile Central como consecuencia del asentamiento europeo en dichas costas (3).

Los atacameños hablaban una lengua desaparecida, el *cunza*, de la que han quedado fragmentarios vocabularios, frases y cantos. No disponemos aún de una buena base para calcular su población prehispánica. Para la provincia de Atacama, en 1535 los informantes de Oviedo sugirieron hasta 700 hombres de guerra, o sea unos 3500 habitantes (Oviedo, 248). Esta estimación debe ser inferior a la realidad por cuanto los atacamas en esa fecha se encontraban en guerra, la población había huído de los españoles escondiéndose en sitios inaccesibles, de modo que los informantes de Oviedo tuvieron una visión parcial. Bibar en 1540 calculaba que en un pucara de San Pedro de Atacama habían "1000 indios y mas" (Bibar, 15). Pedro Sande, el informante de Juan Lozano Machuca, 1581, se informó que los atacamas eran hasta 2000 indios y que en la costa habrían 400 indios "uros". Ambas cifras serían muy altas si están referidas a tributarios, es decir, hombres de 18 a 50 años. La población indígena total de Atacama, en base a la revisita o censo de 1787 ascendía a 3655 personas, incluyendo un porcentaje que oscilaba entre el 20 y 40% que vivían en el N. W. argentino (Hidalgo, 1978).

La quebrada de Humahuaca estaba habitada por diversas parcialidades al momento de la conquista, incluso al este y oeste de ella habían grupos "chichas". Los omaguacas propiamente tales parecen haber tenido lengua propia. El padre Osorio, misionero de una parcialidad omaguaca, los ocloyas, habría aprendido su lengua y compuesto vocabulario de ella según el padre Techo. Otras evidencias indicarían que hablaban el quechua o el aymara (Salas, 1945, 76). Tampoco tenemos estimaciones tempranas de la población de este valle. Lozano Machuca se limita a decir que "los omaguacas es poca gente y tiene mucho ganado de la tierra y mucho oro y plata" (Lozano Machuca, 1581, 62). Sin embargo los ocloyas, fueron estimados en 2000 personas por los jesuitas (Serrano, 1947, 77).

Al sur de los omaguacas seguía el conjunto de pueblos que se llamó originalmente "diaguitas" pero que hoy se reconocen compuestos por diferentes etnos y lenguas. Tres entidades integradas por diferentes parcialidades cada una hablaban la lengua "caca o cacana" con diferentes dialectos. Serían los *pulares* que ocupaban el valle de Salta. Los *calchaquies* que poblaban los valles de Calchaqui y Yocavil en la provincia de Salta y partes contiguas de Tucumán y Catamarca; seguían al sur los *diaguitas*, habitando la mayor parte

de Catamarca y zonas vecinas de La Rioja. Un grupo con lengua llamada *Capayana* seguía más al sur; tenían su núcleo en los valles longitudinales de Vinchina, Guandacal y Jachal en las provincias de La Rioja y San Juan, si bien su dominio era más extenso, encontrándose profusamente mezclados con los diaguitas en los valles de Famatina, Sanagasta y Yacampis (Canals Frau, 1953, 490-491). Es probable que los *capayanes* fueran los portadores de la cultura *Angualasto* (González y Pérez, 1972, 83). En los Llanos de La Rioja y zonas contiguas de las provincias de San Juan, San Luis y Córdoba habitó otro pueblo conocido en la documentación como *Olongastas* o *Nolongasta*. De su lengua han quedado muy pocas evidencias en los nombres de algunos caciques y en la toponimia. Serrano, 1947, los clasifica dentro del gran grupo de indios diaguitas, Canals Frau, 1953, los separa y estima que fueron poco numerosos, desapareciendo rápidamente después de la conquista, dispersados en diferentes ciudades y sitios por sus encomenderos. Serrano calcula que el conjunto de estos pueblos "diaguitas" sumaban unos 55000 habitantes, sin agregar más detalles para justipreciar su afirmación (Serrano, 1947, 20). Steward estimó los "diaguitas" en 41000 habitantes por analogía con los atacameños, a quienes estimó con una densidad de 13 personas por cada 100 km², alcanzando un total de 40000 habitantes, cifra que parece muy alta en relación a los datos y estimaciones más recientes, incluso considerando que en el concepto de Steward se entendía por atacameño toda la población de Tarapacá y Atacama, o actual Antofagasta. (Steward, 1949, Vol. 5, 663). Según Sótelo Narvaez (1583), el valle de Calchaqui tenía 2500 indios, es decir una población total de 12500 personas (R.G.I. 1-393).

Los llamados diaguitas chilenos, fueron así denominados por Latcham, cuando éste observó que habían similitudes entre la cerámica de ambos lados de los Andes; incluso supuso este arqueólogo que hablarían la misma lengua *Cacana* (Latcham, 1936, 52). Sin embargo, estudios posteriores probaron que no existía una identidad arqueológica y que se trataba de culturas diferentes (Cornely, 1956, 46).

Una revisión de los estudios toponímicos y onomásticos demostró que habían muy escasas analogías lingüísticas definitivas (Iribarren, 1962, 126). Estudios ceramológicos demostraron posteriormente que sí existía correlación con las culturas argentinas de la Ciénaga, Condorhuasi y Aguada en la base de la cultura diaguita chilena, la fase llamada "complejo Las Animas" (Montané, 1971). Las ánimas sería una etapa de tránsito de la cultura el Molle a la cultura diaguita hacia el siglo X D.C.. Hay evidencias que se originó en una migración desde allende los Andes que empujó hacia el sur a

los antiguos Molles (Ampuero e Hidalgo, 1975, Ampuero, 1978). El problema lingüístico, sin embargo, no está resuelto; no existe ninguna evidencia de que los habitantes del área de los valles transversales hablaran el cacan. El cronista más temprano del área y el único que hace referencia a la lengua de estos grupos, afirma que en cada valle se hablaba una lengua distinta contándose cinco desde Copiapó hasta Aconcagua. (Bibar, 27-29-32-38). Esta variedad lingüística estaría en aparente contradicción con la homogeneidad que se observa en otros aspectos de esta cultura. El padre Luis de Valdivia, en cambio, en un testimonio que refleja los últimos años del siglo XVI sostiene que en todo el reino de Chile, es decir de Copiapó al sur, se hablaba mapuche o araucano. Con estos antecedentes se pueden plantear dos hipótesis, una que con anterioridad a la conquista española el mapuche había penetrado en el Norte mezclándose con la lengua de los antiguos diaguitas y produciendo las variedades que observó Bibar, y la otra, que desde 1540, por las alteraciones producidas por la conquista, tales como el traslado de diaguitas al sur para luchar junto con los españoles contra los araucanos, la captura de araucanos para que trabajasen en las minas de oro del norte, etc., produjo la mapuchización de los valles transversales registrada por el padre Valdivia.

Las crónicas tempranas y las cartas de Valdivia permiten estimar la población de los valles transversales en diferentes momentos históricos con cierta seguridad. Así, hemos calculado la población de los valles de Copiapó, Huasco, Coquimbo, Limarí, Combarbalá y Choapa en 25000 habitantes en 1535, descendiendo a 20000 en 1540, tren que continuaba en 1545 cuando eran sólo 10900 habitantes. En diez años esa población disminuyó en un 56,4%. Los habitantes del valle de Aconcagua o Chile, que a nuestro juicio pueden incluirse entre los diaguitas chilenos por su afinidad cultural a la época de la conquista, sumaban 7500 personas, aproximadamente, en 1540 (Hidalgo, 1972-a, 56-57).

Recursos y soluciones económicas. El paisaje del área Andina meridional nuclear, está dominado por la altura, la sequedad y el mar. En el norte de Chile, la costa y sectores bajos ofrecen pocos lugares para el asentamiento de sociedades agrícolas. Pudieron instalarse sociedades de pescadores y agricultores en las cercanías de las escasas aguadas de la costa o en los valles y desembocaduras de los ríos o en oasis del interior como Pica. Al margen de estas áreas verdes, en Tarapacá y Atacama domina absolutamente el desierto desde la costa hasta la pre-cordillera de los Andes. Remontando la Cordillera, en sectores de quebradas u oasis

de altura, se encuentran lugares donde el establecimiento permanente fue posible: 2000 - 3200 mts. s.n.m.. Allí se concentró la mayor parte de la población. Más arriba, sobre los 3300 - 4200 mts. s.n.m. se impone la puna o altiplano, caracterizado por las fuertes oscilaciones diarias de temperatura, lluvias de verano, sequedad y bajas temperaturas en los meses de invierno. Hacia el sur estas condiciones se extreman, aumentando también la frecuencia y extensión de los salares. Tales características de la llamada *puna seca* y *puna salada*, ponen extraordinarias limitaciones a la agricultura y a un asentamiento estable de población. La puna fue y es un área de pastoreo transhumante que permite aprovechar los pobres recursos vegetales que la dominan, pastos duros y pequeños arbustos. Lo que naturalmente favoreció las comunicaciones y el intercambio con áreas aledañas y aún más alejadas por medio de caravanas de llamas. Hacia el este, los Andes se ensanchan dejando una vasta área montañosa que oscila entre los 1500 y 3000 m.s.n.m. dando lugar a valles amplios y quebradas; se inicia en el norte con el valle de Humahuaca y continúan al sur en el área diaguita o Valliserrana. La vegetación está integrada por estepas arbustivas y cactáceas. Al igual que en el área de los oasis de Atacama y el Loa acá el algarrobo y el chañar (*Prosopis chilensis* y *Geoffrea decorticans*) fueron árboles de gran importancia económica y cultural. Los cultivos intensivos pudieron aquí ser practicados, preferentemente, en los conos de deyección o en el fondo de los valles, usándose principalmente técnicas de riego y en menor escala cultivos de temporada. El área diaguita chilena, o área de los valles transversales, puede ser definida como una área de transición entre el desierto y el clima mediterráneo del sector central de Chile. La agricultura se practicó principalmente en el fondo de los valles, aprovechando los recursos fluviales.

En toda esta área, como puede verse por la descripción anterior, existieron notorias limitaciones para el desarrollo de las sociedades agrícolas, las que pudieron subsistir y crecer por el hábil empleo de técnicas de cultivo intensivo (abonos y riego artificial) así como por mecanismos de complementación ecológica, integrando al ambiente original recursos de otros nichos (Murra, - 1972) y/o los productos de otras gentes (Nuñez y Dillehay, 1978). Todo lo cual implicaba el conocimiento de técnicas para deshidratar alimentos, asegurando su conservación y facilitando su transporte.

La presencia de interfluvios secos, áridos o desérticos limitó el desarrollo de la agricultura y las posibilidades de grandes concentraciones de población. Los centros urbanos del área no

reúnen las características que definen una ciudad en términos pre hispánicos. Existió, entonces, una tendencia a que los poblados de numerosos valles y oasis actuaran como provincias autónomas o semi-autónomas, no obstante compartir culturas similares con sus vecinos. La dispersión de la población para aprovechar los recursos agrícolas y ganaderos no favoreció la concentración de la autoridad por las élites. Sin embargo, las elites o los jefes de algunas comunidades prestigiosas lograron hacerse reconocer como cabezas por otras comunidades afines, a los que integraron formando pequeños estados o grandes señoríos.

Los sistemas de regadío se adaptaron al ambiente meridional andino, sin pretender alcanzar la complejidad ni la extensión de las construcciones, ni la tecnología de los Andes centrales, que fueron probablemente el resultado de la actividad estatal (Murra, 1975, 57). En Quebrada del Toro, por ejemplo, durante el período Tardío pre-Incaico, el "sistema hidráulico" es un sistema de conducción de las aguas, que bajan como avenidas en la época de lluvia desde las tierras altas, (con ausencia de represas que evitaran el mal gasto de las aguas), sin acequias empedradas, hacia una pendiente estabilizada para permitir la inundación secuencial de los diferentes canchones o terrazas. Raffino ha llamado a este sistema "pseudoirrigación artificial" o "irrigación con aguas de avenida" (Raffino, 1973, 319). Tal sistema sería intermedio entre la agricultura "a temporal" que depende de las variaciones climáticas y la "irrigación por canales" (Raffino, 1972, 194). No obstante la construcción de estos "cuadrados de cultivo" en el Valle de Calchaquí durante el período de los desarrollos regionales a diferentes cotas, defendidos de la erosión por muros de piedra y regados por acequias, permitieron alcanzar una extensión de áreas cultivables superior a las épocas anteriores y aun sobrepasar el área cultivable en la actualidad (Tarragó, M., 1974, 208). En el norte de Chile, Pica, se practicaba una agricultura de oasis y valle, por regadío canalizado desde vertientes (Nuñez, 1968, 175), lo que evidentemente limitaba la expansión de la superficie irrigable. En la cuenca del Mapocho, es probablemente a partir de los Incas que fue posible regar los interfluvios mediante la construcción de canales y extender en consecuencia los campos de cultivo mas allá de la proximidad de los ríos.

La técnica agrícola incluía el uso de abonos, acentuándose la necesidad de la complementación ecológica. Según Cristóbal de Molina en los valles del norte de Chile los indígenas fertilizaban sus cultivos de maíz depositando la semilla en el interior de una

gardina. Sin embargo parece ser, que el abono más frecuente fue el guano depositado por las aves marinas en los acantilados e islas del litoral del Pacífico. Según Cieza de León, los indígenas navegaban en balsas para su recolección (Cieza, La Crónica del Perú, Cap. LXXV). Al interior y en la vertiente éste de los Andes, se usaba el guano de los camélidos, así como la descomposición de los rastros. La rotación de los cultivos y el descanso de la tierra son también prácticas cuya tradición ha perdurado.

En el Valle de Mapocho, en el otro extremo, se sembraba el maíz en Octubre, sin limpiar el terreno de hierbas ni malezas. Cuando la planta había crecido un poco y la hierba circundante se encontraba seca, se prendía fuego al campo que quedaba reducido a cenizas. El maíz crecía "furioso" después que el campo era regado y fertilizado de esta manera. (Bibar, 41).

La preponderancia de las actividades de subsistencia agrícola y ganadera no debe ocultar que en la mayor parte del área la recolección del algarrobo y del chañar tuvo gran importancia. Estos árboles tuvieron valor económico y estratégico, así como ceremonial. Sus frutos servían de forraje para los camélidos, se fabricaba pan con su harina y con la vaina del algarrobo se fabricaba chicha, que hasta hoy se consume en el área en ocasiones ceremoniales y festivas. Reemplaza en este carácter la chicha de maíz que se consume en Perú y Bolivia. Por otra parte, la adaptación de estos árboles al medio desértico les permitía resistir los años de sequía convirtiéndose en un seguro de vida contra el hambre. (Alonso de Barzana /1594/ R.G.I. Vol. II pág. 80); su recolección es hasta ahora una tarea festiva. La caza también se seguía practicando en toda el área como una actividad complementaria, pero no hay evidencia de grupos especializados; la pesca en cambio sí los tuvo.

Hemos mencionado el uso de los peces como abono, pero indudablemente su consumo como alimento humano fue básico. Según Bibar los pescadores costeros se especializaron en un tipo de peces y no en todos, o en la caza de lobos marinos. Con la piel de estos últimos fabricaban balsas con las que se internaban en el océano. Los que fabricaban estas balsas las vendían o trocaban. En las tumbas del área se registra una balsa de madera que probablemente se usaba también en la época. Cieza informa además de balsas de tipo altiplánico, hechas "de grandes haces de avena", (Cieza, La Crónica del Perú, cap. LXXVI).

Desde el punto de vista del análisis de la situación prehispánica en vísperas de la conquista europea, los grupos pescadores - formaban parte de un complejo regional vinculado a las diferentes unidades políticas con las que mantenían relaciones de dependencia política y económica. Desde esta perspectiva expresan un primer nivel de especialización económica y la división étnica y regional del trabajo. Valdría la pena agregar que productos del Pacífico (conchas de moluscos), se encuentran no solo en los oasis de Atacama sino que también en numerosos sitios de la vertiente oriental de los Andes.

Las evidencias arqueológicas y etnohistóricas parecen demostrar que agricultores y pastores eran un mismo grupo, organizado en empresas de tipo familiar para atender los distintos ciclos de rivados de los cambios climáticos y alteraciones de la cubierta vegetal. Pescadores serían también grupos que alternaban su actividad principal con el ejercicio temporal de la agricultura u obtendrían los productos agrícolas por intermedio. Cabe preguntarse si existió un nivel mayor de especialización en el caso de las artesanías, tales como los textiles, tallado de madera o esculturas en piedra, cerámica y metalurgia. No existen evidencias concluyentes al respecto, aunque se ha sugerido que determinados objetos de metal o piezas textiles debieron haber sido el producto de artesanos especializados. La mayor parte de esos objetos están vinculados con funciones religiosas, funerarias o son símbolos de status. No parece improbable entonces que hubiese existido un nivel restringido de especialización que asociara determinados conocimientos técnicos y artísticos con las tradiciones mágico-religiosas. Pero en general, al igual que en otros sectores de los Andes, cada unidad doméstica o la familia extendida procuraba ser autosuficiente, tejiendo sus propias ropas en telares familiares y fabricando su propia cerámica utilitaria, además de su actividad agropecuaria. Incluso la técnica metalúrgica no fue ajena al nivel doméstico. Pedro Sande observó que en todo Lipes: "en las casas y rancherías de los indios hay hornillos de fundir y afinar plata y muchas *guairas* en los cerros, y todos en general se ocupan en beneficiar y sacar plata" (Lozano Machuca, 1581, 61). Tales descripciones de pequeñas fundiciones puestas en los sitios elevados para aprovechar el viento son frecuentes en toda el área y no deben ser atribuidas a influencia incaica, ya que le anteceden en más de un milenio.

Otro nivel de especialización fue el de los encargados de funciones religiosas o políticas. Desde la difusión a esta área de tradiciones tiahuanacoideas, se hacen presente junto al llamado

culto al felino, el complejo de rapé (una serie de objetos para influjar alucinógenos o narcóticos de más antigua data), y máscaras de felino, la representación de un personaje que ha sido llamado "el sacrificador". Se caracteriza por sostener en una mano un hacha y en la otra una cabeza humana. Prisioneros españoles de los indios diaguitas chilenos del Valle de Copiapó registran la presencia de un individuo que parecía perpetuar esta tradición. Dicen que fueron llevados ante un "indio que había muchos años tenía por oficio sacrificar.... vestido con una ropa larga que le daba a los pies y en lugar de bordón traía un hacha de cobre y lo que sacrificaba este indio eran hombres" (Lovera, págs. 81-82; vease también Bibar pág. 66). El culto del cráneo trofeo vinculado con hábitos guerreros estaba muy difundido en todo el Norte de Chile y N. W. de Argentina. En la quebrada de Humahuaca se registra su práctica con prisioneros españoles (González y Pérez, 1972, 105). Los españoles, con tradiciones muy diferentes, acostumbraban a cortar las cabezas de sus enemigos y suspenderlas en picas, por ello la costumbre indígena no siempre es descrita en su exacto significado.

Especialistas religiosos y shamanes existían de varios tipos y seguramente vinculados a diversos cultos y actividades. Además el "sacrificador" descrito anteriormente y vinculado al culto de ídolos antropomorfos, existían en mayor número "indios herbolarios" o curanderos, encargados de la medicina por yerbas. Otros eran los Hambi-Camayos o hechiceros a quienes decidió perseguir el cabildo de Santiago, por acuerdo de Noviembre de 1552. Otros "hablaban con el demonio" y se laceraban el cuerpo en ocasiones festivas o ceremoniales, cuando el grupo se reunía a beber, lo que los españoles llamaban "borracheras solemnes". Ceremonias en que se cantaba y bailaba mientras el shaman tocaba un tambor. (Bibar, 133:134)

Organización socio-política y control de recursos distantes. El patrón de poblamiento de estos grupos se adaptó a circunstancias históricas y ecológicas. En el período tardío es frecuente encontrar a los pobladores de los valles y oasis agrupados en villas y en poblados fortificados, pero también se encuentra un padrón de viviendas dispersas. Así también los materiales de construcciones dependían más de los elementos accesibles en el medio y su función que de preferencias culturales. Un mismo grupo podía tener más de un tipo de vivienda. Los pucaros o fortalezas se generalizaron en el período Tardío, después de la descomposición política de Tiahuanaco. Intensos movimientos de pueblos y demandas por recursos o productos agrícolas, obligaron a los pobladores a aglutinarse generalmente en sitios estratégicos de altura. Se ha sugerido en el

Perú que cambios climáticos, como el descenso del nivel de los hielos, pudieron obligar a cultivadores de tubérculos y pastores a buscar sitios más bajos ejerciendo presión sobre otros pueblos. (Cardich, 1975; Duviols, 1973). En el caso del N. W. Argentino y norte de Chile hay evidencias de presiones venidas del norte y del este. En la cabecera del río Loa probablemente aymaras de Lipés dejaron tumbas o torres funerarias conocidas como Chullpas. En el N. W. Argentino, al oeste y este del Valle de Humahuaca existían poblados chichas al momento de la conquista cuya historia es muy poco conocida. Intentos de restaurar antiguos circuitos de tráfico y reorganizar o restablecer colonias en territorios distantes, así como el crecimiento demográfico y la necesidad de nuevas tierras, pudo pasar también por una etapa de lucha y disputas violentas. Seguramente fue necesaria la presencia de unidades mayores a los de una familia extendida para respaldar y proteger los derechos y la población en niveles ecológicos complementarios y distantes. Desde la época del florecimiento cultural de San Pedro de Atacama (300-900 D.C.), la presencia de cerámica negra pulida y otros restos de esta cultura, como el complejo de rapé, encontrados en el N.W. Argentino sugieren la presencia de colonias atacameñas en el territorio trasandino; esto debe a su vez relacionarse con algún tipo de organización social jerarquizada, dentro del cual una élite incipiente debió cumplir una función organizativa. Hacia el fin del período intermedio tardío o de los Desarrollos Regionales, un nuevo ordenamiento de las agrupaciones étnicas fue establecido, lográndose una suerte de equilibrio interregional que anuncia y precede a la paz incaica. Es la época de florecimiento de los señoríos regionales y/o de pequeños estados. Tal situación, debe haber consolidado una élite basada en el sistema de parentesco local y en el dominio de una comunidad sobre otra de menor prestigio o potencialidad demográfica. Tal padrón de desarrollo aseguraba a la vez la subsistencia de relaciones de reciprocidad y redistribución de los bienes y servicios producidos, como la imposición de lazos de dependencia sobre comunidades necesitadas de protección o de recursos alejados de su hábitat y que carecían de medios o capacidad para obtenerlos. Este sistema debe haber sido reforzado por los incas directa o indirectamente. Por una parte la paz incaica permitió a los señoríos locales establecer mejores relaciones con comunidades lejanas, así como los incas mediante el sistema de redistribución de la población ampliaron las posibilidades de dispersión de las colonias a un nivel no conocido hasta entonces (Murra, 1972). Hay evidencias arqueológicas e históricas que ilustran esta situación. En Cochabamba, Ibarra Grasso ha descubierto urnas funerarias de la cultura calchaquí-santamariana, en un lugar donde consta la existencia histórica de mitimaes diaguitas trasladados por los incas y que todavía

existían en 1580 (Ibarra Grasso, 1967, 659). Existen otras evidencias inferenciales de carácter arqueológico que permiten detectar control de recursos apartados. Antecediendo a los incas, en quebrada del Toro, los terrenos de cultivo ubicados a relativamente corta distancia de los centros poblados (Tastil y otros) no hubiesen podido sostener la población de aquellas aldeas (o ciudades?), al menos que esos mismos núcleos campesinos controlaran recursos más distantes en otros niveles ecológicos (Raffino, 1973, 324). También las evidencias de silos colectivos en aldeas muestra el interés en un excedente colectivo destinado a la circulación interétnica, redistribución o intercambio. Desde otro ángulo, en el Valle de Calchaquí; "La presencia de núcleos de población de distintos tamaños y a distintos niveles de altitud, con técnicas de construcción y estructuras comunes debe relacionarse, posiblemente, con un proceso de control de distintos pisos ecológicos por una misma comunidad étnica, Santamariana o Calchaqueña, que ha crecido lo suficiente como para ejercer por sí misma dicho control. En este proceso deben haber jugado un importante papel, la actividad pastoril de la llama con traslado a los prados estivales de altura" (Tarragó, 1974, 210). Nuñez (1976) sugiere que los geoglifos, ubicados en las rutas troperas que unían las tierras altas con la costa de Tarapacá, pueden estudiarse como indicadores del tráfico prehispánico, sin desconocer su importancia como expresiones simbólico-religiosas. Hemos demostrado en otra oportunidad con evidencias tardías, s. XVIII, la subsistencia de colonias atacameñas en el N.W. Argentino, particularmente en el Valle de Calchaquí, así como la dependencia de comunidades, hoy en el sector argentino de la puna, que dependían administrativamente de San Pedro de Atacama, tales como Susque, Olaros e Incahuasi. (Hidalgo, 1978). Incluso existen vestigios de que el sistema de control de recursos apartados por un mismo grupo, se encuentra tan al sur como Santiago, donde una unidad picunche del siglo XVI tenía tierras dispersas (aunque comparado con los Andes a no gran distancia) entre el valle central, la costa y diversos cursos de agua, protegiéndose de esta manera de eventuales sequías (Hidalgo, 1972a). Numerosos ejemplos de asentamientos y colonias tardías en el área andina meridional registran Nuñez y Dillehay (1978, 94-129), en base a evidencias arqueológicas.

En qué grado o manera la élite o los señores locales tenían acceso diferenciado a los recursos y tierras de la colectividad étnica es una pregunta que hasta ahora no tiene respuesta en el área. Es probable que en tiempos prehispánicos las familias nucleares comunes tuviesen acceso, relativamente paritario, a las tierras de cultivo así como a la distribución de las aguas y que

los jefes tuviesen un acceso privilegiado con trabajo comunitario en sus tierras. Tampoco sabemos cómo se distribuían los bosques de algarrobo, pero al igual que los pastizales son reclamados y - disputados colectivamente por las comunidades en tiempos coloniales. En este caso es también probable que los jefes tuviesen un acceso privilegiado a ellos para atender sus compromisos de reciprocidad durante las ocasiones festivas. Evidencias tempranas de distribución periódica de tierras o de reforzamiento de los derechos familiares a tierras irrigadas no se encuentran, pero sí en el siglo XVIII hay referencias en documentación inédita a la participación de los caciques en la confirmación, negación o separación de las tierras de cultivo de determinados tributarios (A.N. B. E, 1758, No. 64). Es justificado pensar que en áreas de irrigación artificial o donde era necesario preparar colectivamente los terrenos para el cultivo, los derechos individuales estuvieran necesariamente sujetos a limitaciones y obligaciones. Los jefes indígenas deben haber jugado un papel importante en la organización de las tareas colectivas y en la resolución de los conflictos generados por el acceso a los bienes básicos, así como en la redistribución de los diversos bienes generados por la comunidad. En consecuencia, los jefes pudieron, como en otras áreas de los Andes, disponer de cierta cantidad de energía o trabajo colectivo periódico en tierras que les fueron destinadas preferencialmente. La existencia de trabajo rotatorio de integrantes de comunidades locales, organizadas por sus caciques, en minas de oro incaicas, en el Valle del Aconcagua ha quedado establecida en la crónica de Lovera (p. 54-55).

Sin que se pueda avanzar más en el terreno del acceso a la propiedad y al trabajo comunitario de que disponían los caciques y élite en estas sociedades, hay evidencias de que gozaban de una serie de privilegios que los distinguían claramente del resto de la población. Para decir esto nos basamos en el caso de los diaquitas chilenos. Desde luego su vestuario llamó la atención de los cronistas, quienes describen con frecuencia indios ricos refiriéndose a aquellos que vestían mantas "lustrosas" de lana (Herrera, 516), en cambio califica de pobre en el mismo contexto a aquellos que se vestían con trajes hechos con la fibra de una planta que llaman "cabuya majalan" (Bibar, 33). Este último cronista enfatiza que cada uno se viste "como alcanza y tiene posibilidad", es decir no todos tenían acceso a los mismos recursos, en este caso a la lana de camélidos. Los caciques, también son señalados por sus costumbres poligínicas. En Copiapó Bibar destaca que - "Los señores tienen a 10 y 12 mujeres, y los demas a 1 y 2" (Bibar, 27). Las mujeres cercanas a estos "señores", (hermana o es-

posa?) también en algunos casos gozaban de poder, autoridad y de un trato preferencial. Una de ellas, que se hacía transportar en una litera, pudo salvar la vida de 2 españoles en contra de la voluntad de otros señores principales en Copiapó (Bibar, 66; Lovera, 82-86-87; Herrera, 502-503) por ello creemos legítimo hablar de una élite que comprendía a hombres y mujeres. Las casas de los caciques eran también de mayor tamaño y mejor aspecto que las casas de los indios comunes en las aldeas diaguitas de Chile, aunque todas eran construídas de material ligero de origen vegetal, con excepción de los pucaros o fortalezas construídos de piedras. A los curacas también se les saludaba de un modo especial, como ya hemos señalado. Durante el tiempo de los incas probablemente su autoridad aumentó en la medida que colaboraron con los invasores. Sabemos que los curacas además de su propia lengua hablaban el quechua, algunos de ellos habían visitado el Cuzco y al Inca cambiando obsequios con él. Obviamente, también gozaban de un claro prestigio y sus actividades eran rodeadas de reverencias.

Los jefes o caciques no ejercían el mando sin el acuerdo de asambleas de jefes de familias durante los tiempos de paz. En tiempo de guerra los jóvenes guerreros tenían también activa participación en los debates. Las fuentes sugieren que los acuerdos se tomaban por consenso después de muy largas discusiones acompañadas del consumo abundante de chicha. Incluso durante los períodos de guerra cuando un "capitán" necesitaba tomar decisiones debía consultar la opinión de sus guerreros. Vale la pena agregar que en ningún caso la función de guerrero se separaba de tareas productivas. Se describe a los campesinos trabajando la tierra armados con sus arcos y flechas o cumpliendo sus labores de vigilancia a la vez que debían extraer la sal. Si bien existía una jerarquía militar dependiente de los señores, nada indica que se hubiese estructurado un ejército separado de las tareas productivas (Ampuero e Hidalgo, 1975, 105-106).

Organización dual. En el área diaguita chilena, cada uno de los valles que conforman la región Copiapó, Huasco, Coquimbo, Limari, Choapa e incluso el del Aconcagua, tenían un patrón de gobierno dual, al momento de la conquista. Se descubre esta estructura en los documentos por la presencia reiterada de dos caciques en cada valle en sus encuentros con los conquistadores. Con la excepción de Bibar, ningún cronista se dió cuenta que se trataba de un sistema diferente y tendieron a privilegiar en sus descripciones a uno en desmedro de otro, siguiendo una inevitable tendencia etnocéntrica que no aceptaba la división del mando. Estos datos fragmenta-

rios permiten construir un esquema extremadamente simple de lo que debió ser una institución compleja. Los valles se concebían como un todo formado por dos mitades, la de arriba o cordillerana con el cacique principal y la de abajo o costera gobernada por un cacique de menor rango. Sin embargo, con frecuencia ambas toman decisiones en conjunto, a tal punto que pueden atribuir al otro cacique ordenes y responsabilidades cuando son perseguidos por los españoles. Dos "capitanes de guerra" generalmente obedecen a cada cacique. Las relaciones entre los dos caciques principales eran de competencia, rivalidad, pero también cooperación. Probablemente batallas rituales que existían entre caciques de un mismo valle fueron interpretadas por los cronistas como verdaderas guerras en el sentido europeo. A la vez, esos mismos caciques en lucha son descrito como hermanos. Tal hermandad era probablemente simbólica y reflejaba el parentesco que unía a las dos mitades que representaban. No sabemos si estas mitades eran exogámicas o endogámicas, tampoco cuál era el sistema de filiación y residencia, si materna o paterna. Existen datos que apoyan ambas posibilidades. Sin embargo, en ambos casos la sugerencia es que el cacicazgo era hereditario. Como hemos señalado, ninguno de estos cacicazgos pares tenía mayor hegemonía que el resto sobre la región. En caso de guerra se integraban en alianzas, eligiendo un jefe de guerra entre los caciques de mayor prestigio militar, pero tal cargo era transitorio y tampoco evitaba la consulta en las decisiones importantes (Hidalgo, 1971).

González y Pérez (1972, 152) en una nota, sugieren que la mención reiterada en las crónicas de dos jefes para una misma población, revelaría la presencia de organizaciones duales en el N. W. argentino, aunque no se indican referencias específicas. Posteriormente González (1974) demostró la persistencia de un complejo dualismo en el arte pre-colombino del N.W. argentino, desde los períodos tempranos y medios y que continuó hasta el período tardío. Vincula algunos elementos con tradiciones folklóricas actuales como la idea del hombre-tigre, ampliamente representados en la cerámica y esculturas arqueológicas. Raffino y Cigliano (1977, 698) creen que el patrón de instalación del poblado preincaico de Tasil insinúa una población de dos mitades o "moities", sin embargo enfatizan que las evidencias funebres sugieren que sobresaldría la presencia de un jefe. Nuñez Regueiro (1974), señala que en Almito, en el período Formativo inferior (600 A.C. - 700 D.C.), cada aldea está dividida en dos mitades, reflejándose además estas estructuras en esculturas de dos cabezas. En el período de los Desarrollos Regionales (1000 - 1480 D.C.) las pequeñas aldeas fueron

desapareciendo "a expensas de una concentración no planificada de viviendas a partir de uno a dos (por dualismo) centros de aglutinamiento, con espacios destinados a "plazas o mercados" (Nuñez Requeiro, 1974, 177 y 183).

Además de los testimonios arqueológicos, una revisión aún superficial de las fuentes históricas del N.W. argentino, pone de manifiesto, como González y Pérez sugieren, esta organización en mitades. Tomamos por ejemplo, la información sobre las encomiendas de indios diaguitas argentinos, documentados en el archivo de Córdoba de Aníbal Montes (1961, 64). Allí puede verse que tan tarde como el s. XVII aún perduraba este tipo de organización social. Se mencionan con frecuencia encomiendas y repartimientos formados por dos pueblos o parcialidades y aún más significativo, pueblos que reconocían dos caciques (págs. 8, 9, 13, 14, 16, 18, 24). Es cierto que hay una mayor proporción de pueblos que aparecen gobernados por un cacique, pero esto sucede a menudo en la documentación española y sólo documentos administrativos muy detallados y generalmente tempranos nos entregan la realidad sin distorsiones. En el norte de Chile, los aymaras de Tarapacá han conservado esta estructura hasta hoy. En Atacama persiste hasta comienzos del s. XIX. Otro ejemplo de interpretación dudosa, se encuentra en el relato del padre Lozano referente a los caciques del pueblo y Valle del Humahuaca, Piltipico y Diego Teluy, en la última década del s. XVI. Piltipico es calificado como el cacique "mas autorizado y famoso de toda la provincia de Omaguaca... cuyo nombre era temor, no solo de la cobardia de los indios, pero aún de los mas adelantados españoles... avia por treinta años empleado su saña en despoblar varias ciudades..." (Lozano, /1754/ vol. I, cap. XII, pág. 211). Diego Teluy era el "cacique del pueblo, llamado propiamente Omaguaca, de su nombre deriva la denominación a todo el valle". Teluy, según Lozano, habría persuadido a Piltipico a levantarse contra los cristianos después que éste había iniciado un período de paz (Lozano, ob. cit. Vol. I, cap. XII, p. 215). Serrano acierta el hecho que los numerosos poblados Omaguacas estaban gobernados por curacas que eran a su vez dependientes de los caciques del pueblo de Omaguaca, donde reconoce a comienzos del siglo XVII los dos caciques que ya hemos mencionado (Serrano, 1947, 71-72). La autoridad de los caciques del pueblo de Humahuaca superaba los límites del valle, así por ejemplo, los ocloyas, según Piltipico serían mitimaes de los Humahuacas. En otra cita aparecen divididos en dos parcialidades, una dependiente de los Osas y su cacique y la otra de los Humahuacas (A.M. Sallas, 1945, 51-52).

En el Valle de Calchaqui, según varios autores, la cúspide de la jerarquía indígena estaba ocupada por un solo cacique que - señoreaba todo el valle. Dado que son referencias a episodios de comienzos del s. XVII y que la resistencia de la parcialidad Calchaqui al dominio europeo fue muy larga, es posible que por las - necesidades de la guerra se hubiese establecido la unidad del man do durante el período de lucha.

Los límites hacia el sur de la organización dual se encon - traba en el Valle de Aconcagua en Chile y en Mendoza en Argentina. En este último sitio, Pedro del Castillo fundador de esa ciudad - fue recibido por los caciques Guarpes "*Ocoyunta y otro llamado Allalme* con algunos que ocurrieron de aquellos valles, cuyos nom - bres eran Gueimare, Anato, Trabalasto y otros, obedecidos de to - dos los indios del contorno" (Lovera, Lib. II. cap. XIII). En el este, es Córdoba, los registros de caciques en los siglos XVI y XVII, muestran un cierto número de pueblos con dos o tres cacique. (González, 1974, 133).

Grupos étnicos y dominación. Hemos visto que en los casos de Ata cama, Humahuaca y Calchaqui al margen del establecimiento de colo - nias distantes, el dominio de los caciques principales se exten - día más allá del radio de su propia comunidad o núcleo, incluyen - do en algunos casos pueblos étnicamente diferentes, al menos en el caso de los dos primeros. Los grupos diaguitas en cambio pare - ce (con excepción de Calchaqui) que tendieron a integrarse en - alianzas de señoríos para emprender acciones bélicas, sin consti - tuir un centro reducible al control interno o foráneo manteniendo por el contrario constante pugna entre las parcialidades. La si - tuación de los primeros, sugiere que aquellas unidades étnicas te - nían un sistema político proto-estatal, en cambio los señoríos - diaguitas deberían considerarse al nivel de *ranked societies*. No obstante, todos eran capaces de establecer alianzas pluriétnicas y organizarse para largos períodos de guerra. Sobre este nivel es probable que existiera una jerarquía de comunidades, donde al - gunas, sin ejercer dominio sobre las otras, gozaban de mayor auto ridad y prestigio. Lamentablemente, aún sabemos muy poco del sur boliviano, pero los primeros episodios de la conquista de Atacama y la propia pacificación de esta provincia, sugieren estrechas re laciones con un núcleo prestigioso y preeminente de la provincia de Chicha que ejercía influencia sobre las provincias del sur y oeste. Es probable que ese núcleo fuese el remanente de una anti gua entidad etno-política derivada de la fragmentación de Tiahua - naco.

Vale la pena recordar que conquistadores españoles aprovechaban para su beneficio no solo las disputas y rivalidades que separaban los antiguos grupos étnicos sino que también las viejas solidaridades y dependencias. Así, cuando Almagro emprendió la conquista de los territorios meridionales del imperio incaico, contó con el auxilio de 10000 indios de carga, pero además con el consejo y colaboración de al menos tres personajes de alta jerarquía, encargados de manejar la masa india y abrirle el camino, pacíficamente, a la hueste española, en las provincias del sur. Dos de ellos eran de raigambre cuzqueña, *Paulo Inca*, hermano del *Inca Manco* y *el Villac Umo* o *Huayllullo* que es descrito en algunas crónicas como un sacerdote incaico. El tercero era el cacique de Copacabana, *Challco Yupanqui*, cuyos descendientes proclamaban en 1597, que gracias a su abuelo los indios de Charcas, Chichas y otros de más al sur, obedecieron a los europeos, porque aquellos no reconocían "superior sino al Inga, y en su nombre al dicho nuestro abuelo" (Villalobos, 1962, 43). No olvidemos que según la declaración de un viejo informante lupaca, a su abuelo Apo Cori "le hacían chacaras en toda esta provincia porque era gran señor como segunda persona del Inga y mandaba desde el Cuzco hasta Chile y le daban ropa y alguna plata e indios e indias que le servían" (Garci Diez, F. 52 V.). Esto sugiere que si bien estas regiones fueron adscritas al Cuzco, estaban bajo la tuición relativamente directa de un centro étnico más inmediato, que encontraba su foco de poder junto al lago Titicaca donde existía una alta densidad demográfica en tiempos prehispánicos.

La representación sobrenatural. Aunque varios cronistas repiten que los indígenas de esta área carecían de templos, se puede arguir que no los tenían en el sentido europeo, pero que sí reconocían numerosos sitios sagrados donde practicaban sus cultos o a los cuales respetaban y veneraban. En el caso de Copiapó, los españoles conducidos por el sacrificador descrito, y numerosos otros indígenas, fueron llevados a un lugar "en el cual estaban unas figuras de idolos mal formados, donde los puso en prisión con bastantes guardias" (Lovera: 12). Para el Valle de Calchaqui se mencionan algunas figuras de madera que probablemente tenían la misma función religiosa. Existían también lugares especiales de culto llamados "mochaderos", que según la descripción era una casa adornada con varillas con plumas y numerosos idolos (Rex González y Pérez, 1972, 92). En la tradición andina la habitación tenía un significado que iba más allá de un mero lugar de resguardo. En la actualidad en los lugares donde persiste la tradición andina, la construcción de las casas se acompaña con ceremonias de -

consagración de cada uno de sus rincones. En Atacama, Humahuaca y otros sitios de N.W. argentino, tanto la arqueología como la - documentación histórica describen la costumbre de enterrar los - antepasados en la casa o en lugares muy próximos, lo que evidentemente refleja ritos familiares con culto a los antepasados como además de la función religiosa de la vivienda. Deberíamos agregar que también la estructura social y todo el sistema productivo se integraba y se concebía en una relación similar. Lozano, por ejemplo, describiendo las creencias del Valle de Calchaquí, dice "que el Lucero y otras Estrellas mas resplandecientes, eran sus curacas difuntos, que al tiempo de morir se transformaban en aquellos astros: mas, que los Indios comunes y los carneros de la tierra se convertian en otro vulgo innumerable de estrellas menos notables, y aun algunos hombres mas viles en demonios" (Lozano, 1754, Vol. I, 425). La metáfora plantea una correspondencia entre el universo, los antepasados y la sociedad humana. La proximidad de los curacas a los fundadores del linaje, es decir a los antepasados-convertidos en dioses- les otorgaba a ellos mismos carácter mágico o sagrado. Por ello a veces los curacas son también descritos como hechiceros o *huacas*. Las propiedades fertilizadoras y protectoras de sus dioses a veces eran transferidas a sus representaciones, entre los *Caylles* "cuyas imagenes labradas en laminas de cobre traian consigo, y eran las joyas de su mayor aprecio y assi dichas laminas, como las varitas emplumadas, las ponian con grandes supersticiones en sus casas- en sus sembraderas y en sus pueblos, creyendo firmemente, que con estos instrumentos vinculaban a aquellos sitios la felicidad, sobre que decian notables desvarios y que eran imposible se acercase por alli la piedra, la langosta, la epidemia, ni otra alguna cosa que losudiese dañar" (Lozano, 1754 Vol. I, 425).

La ausencia de relaciones tempranas que arrojen luz sobre la ideología prehispánica en el área meridional, puede ser parcialmente salvada con el auxilio de fuentes arqueológicas y la supervivencia de estructuras religiosas prehispánicas que se esconden en el folklore contemporáneo y en el cristianismo andino. Se puede establecer, por ejemplo, una correlación entre la estructura dual de los cacicazgos y la organización social con una serie de representaciones escultóricas, grabados y cerámica que transmiten complejas concepciones dualísticas. Algunas de estas piezas arqueológicas mezclan rasgos anatómicos para formar una figura de hombre-felino o antropomorfo-ornitomorfo; o bien los rasgos de uno o varios animales construyen en su conjunto un tema diferente, tal como un rostro humanoide. A veces la oposición es presentada en forma realista en piezas que por un lado representan una imagen y por el otro su contrario (una figura antropomorfa con ojos

abiertos y la otra con ojos cerrados). Quizá representando las oposiciones noche-día, sueño-vigilia, muerte-vida. En otros casos se trata de la aparente representación de un solo sujeto, que visto desde otro ángulo adquiere un contenido doble, es decir, tiene dos imágenes en una. Otras, especialmente en esculturas, figuras antípodas, donde el artista ha representado la oposición hombre-mujer, dejando además en la unión de ambos un rostro felínico, formado por los pies y las rodillas de los personajes (González, 1974). Es posible vincular algunas de estas figuras con el complejo de alucinógenos o cebil y el mito de la transformación del shamán en animal, o en guerrero-cazador provisto de las cualidades del felino. Pero también puede ser visto en el contexto más amplio de entender la realidad en un conjunto de categorías opuestas y complementarias que además son utilizadas como elementos clasificatorios y de organización social. Como ha observado Levi-Strauss estas categorías binarias generalmente esconden otras terciarias, cuaternarias u otras, - que resultan de la mediación de los dos polos o de la subdivisión de éstos.

La cosmovisión aymara actual en Tarapacá se expresa en tres niveles de los cuales sólo el primero sería netamente de raíz prehispánica: El *Acapacha* o "este mundo nuestro", el *Arajpacha* o "cielo" y el *Manqhapacha* o "infierno". El *Acapacha* es representado en tres subniveles de lo sagrado: el del *Mallcu* o el espíritu del cerro que custodia la región, a quien se le invoca en situaciones de crisis y necesidad, se les relaciona con la función de proveer de agua a la agricultura. En los ritos se le simboliza como un cóndor. La *Pachamama* o "madre tierra", llamada también "virgen", genera la vida en la tierra. Su culto se vincula con el "floreo" del ganado que celebran los pastores cordilleranos, en la época de verano, cuando ocurren las lluvias y nacen los camélidos. El *Amaru* o "serpiente" se vincula con los canales de regadío, con el fluir de las aguas fertilizadoras. Su culto se efectúa en el rito que acompaña la limpieza de los canales (Kessel, 1980, 276-280). Otros autores señalan que cada una de estas divinidades se conciben como parejas masculina-femenina (Platt, 1976, 22-23; Martínez, 1976). En el área atacameña las supervivencias culturales indican un parecido énfasis en los cultos de fertilidad vinculados al agua, los cerros y el ganado (Mostny, 1969).

La influencia inca trajo al área, la religión imperial, difundiendo el culto al sol y a la luna, astros que se vinculan con la figura del Inca. Es probable que antiguas tradiciones locales

se mezclaran con la influencia incaica, ya que el "sacrificador" de Copiapó practicó ante los españoles prisioneros, ceremonias de adoración al sol. Bibar relata que los indígenas del Mapocho, le transmitieron un mito que atribuían a tiempos preincaicos que hablaba de un hombre barbado, con poderes divino que enseñaba de la existencia de un creador en los cielos (Bibar: 40). Tal personaje podría ser efectivamente asimilado al Dios Andino preincaico, *Viracocha*, estudiado por Pease, (1973, 22).

Otras prácticas incaicas no afectaron la tradición local y quedaron confinados a los mitimales cuzqueños, tal como los que han sido llamado "santuarios de altura". Se trata de santuarios o "altares de sacrificios" realizados en las más altas cumbres, en algunas de ellas se han encontrado los cuerpos de los sujetos que han sido sacrificados, perfectamente conservados por el frío de la altura. Junto a ellos se han encontrado ídolos de plata, cobre y oro o labrados en valvas de spondilus, moluscos de aguas mas templadas vestidos ricamente con plumas y telas de vistosos colores a la usanza inca; otro rasgo general es que en todos ellos se encuentra leña como para hacer hogueras y señales como medio de comunicación. Han sido encontrados en el cerro del Plomo, en Santiago, en Doña Ana y Las Tórtolas en la provincia de Coquimbo; Cerro del Toro en San Juan, Llullaiyaco en Jujuy, el volcán Licancabur, volcán Lucan, Volcán Pular, volcán Yariques, volcán Meniques y cerro Quimal en Atacama, todos los sitios están entre 5000 y - 6000 m.s.n.m. aproximadamente.

Grupos Étnicos de la periferia andina oriental.

a) Al este del área nuclear andina meridional en las subáreas llamadas selvas occidentales y chaco santiagueños del N.W. argentino encontramos a la época de la conquista y en los primeros siglos de la etapa hispánica con un complejo étnico creado por la superposición de pueblos en movimiento. Tempranamente esa área recibió el nombre de "xuries". El término "juries" o "avestruces" fue el apelativo que los quechuas dieron a los habitantes de esta área porque usaban plumas de estas aves en sus vestimentas. Sin embargo, se trataba de dos o más pueblos distintos, los tonocotes y los lules. Los primeros eran un pueblo sedentario con ganado de llama (hacían textiles de su lana), domesticación de avestruces, pesca y agricultura en tierras previamente inundadas por los ríos, donde sembraban maíz, frijoles, zapallo y mani. Los lules en cambio eran un conjunto de etnos nómades invasores procedentes del chaco o de las florestas tropicales y que al momento de la conquista se encontraban desde Jujuy a Santiago del Estero. Se dedi

caban a la caza, recolección de algarrobo, chañar, miel y al pillaje de los poblados tonocotes de los valles o de las llanuras pedemontanas del este de las sierras pampeana y sub-andinas.

Los tonocotes, por estas circunstancias, vivían en poblados de dos a cuatro mil "indios", defendidos por fuertes empalizadas (Bibar 162, 163).

Los lules, en cambio, vivían esparcidos en diversas regiones "sin casa ni heredades, pero tantos y tan guerreros, que si los españoles al principio de la conquista de la provincia de Tucuman no vinieran, esta nacion sola iba conquistando y comiendo unos y rindiendo otros, y asi hubiese acabado a los tonocotes" (Alonso de Barzana, R.G.I., II, 79).

Más tarde, en el siglo XVIII, los lules son divididos por el padre Lozano en "grandes" y "pequeños". Los "pequeños" es probable que fueran originalmente tonocotes (Serrano, 1947, 111). Los vilelas, otra parcialidad mencionada en el siglo XVIII, sería una variante de los lules que habría permanecido en sus tierras originarias del Chaco (Canals Frau, 1953, 430). Sin embargo dada las características del área no es extraño encontrar contradicciones entre los diferentes autores sobre la etnografía del área y en sus descripciones de lules y tonocotes. El prolongado contacto permitió que se produjesen aculturaciones que cambiaron la faz de los grupos originales. Así, algunas parcialidades lules y vilelas tardías practicaban agricultura.

Sobre la lengua de ambos grupos hay también disparidades en la interpretación; el tonocote es descrito como lengua general del Tucuman por varios autores tempranos, (Sotelo Narvaez y Barzana).

Los lules "con ser una misma gente toda, tienen diversas lenguas, porque no todos residen en una misma tierra" (Barzana, 79). Sin embargo, agrega que mucho de ellos sabían la lengua tonocote y por medio de ella estaban siendo catequizados. El padre Barzana compuso un "arte y vocabulario" de la lengua tonocote que conocemos por referencias. Existe en cambio un Arte y vocabulario "de la lengua lule y tonocote" escrito por el padre Antonio Machoni y publicada en Madrid en 1732. Según Serrano sería un vocabulario tonocote fuertemente influido por el idioma de los lules (Serrano, 1947, 108). Para Canals Frau, en cambio, sería lule, ya que a la fecha en que escribió el padre Machoni, los tonocotes habían desaparecido (Canals Frau, 1953, 427, 428). Alonso de Vera y Aragón

(1585) señala que una parcialidad de los Tonocotes, los Matarraes del Bermejo, eran mas de 20000 indios, de los cuales le servían unos 2000.

Las ceremonias de estos grupos eran acompañadas de canto, danza y consumo de bebidas alcoholicas, especialmente en el caso de la muerte de un pariente (Barzana, 81). En estas ocasiones - los convidados debían contribuir con presentes, constituyendo una obligación que debía ser reciprocada por el anfitrión. En la segunda mitad del siglo XVIII se celebraban fiestas religiosas para evitar malas cosechas, pestes, enfermedades o para conseguir una buena recolección de algarrobos, miel o la victoria sobre sus enemigos. Los tonocotes tenían una divinidad llamada Cacanchi a la que invocaban con iguales propósitos.

b) Al sur de los anteriores, en el área conocida como Sierras centrales habitaban dos grupos étnicos conocidos como *Sanavirones* y *Comechingones*. Los Sanavirones se ubicaban al sur de los tonocotes, en una extensa área bajo el río Dulce, que comprendía toda la depresión de la Mar Chiquita. Los comechingones tenían por habitat las sierras de Córdoba y San Luis, se dividían en dos gru - pos linguisticos, los del norte de lengua Henia y los del sur que hablaban Camiare. Aunque los dos grupos principales eran distintos y estaban divididos en numerosas parcialidades, se prefiere tratarlos como un conjunto. Según Gerónimo Luis de Cabrera (1573) en la visita del área, por vista e información, se logró saber que poblaban aquellas serranías y valles mas de 600 pueblos de indios que hacían un total de 30000 personas. Los pueblos eran pequeños, los más con 40 casas y otros con menos de 10. Cada uno de ellos era una parcialidad aparte. En cada casa vivían 4 o 5 adultos casados. Las casas eran grandes, tanto que un grupo de 10 jinetes con sus caballos pudieron ocultarse en una de ellas.

La característica de estas viviendas era que se hacían por medio de una excavación en el suelo, como sótanos, sobre el cual se ponía un techo de paja. Tal construcción se explicaba por la ausencia de madera y como abrigo contra el frío. Los pueblos estaban rodeados por cercados o defensas de arboledas espinosas - (G.L. de Cabrera, 388, Bibar: 163, Sotelo Narvaez, 395).

La economía, como en los otros grupos que hemos descrito era agrícola, predominando el cultivo del maíz, aunque también se menciona poroto y quínoa y la crianza de llamas, complementada con la recolección del algarrobo y del chañar. Aunque las fuentes de subsistencia de estos grupos eran relativamente similares a la del

área andina meridional nuclear, su patrimonio cultural aparece - notablemente empobrecido por la ausencia de algunas tecnologías, particularmente la metalurgia. En cerámica no conocieron la policromía (González y Pérez, 1972, 116-117). Por otra parte, el énfasis en la caza (guanacos, liebres y venados) va a darle a estos grupos alguna similitud con los pueblos de la Pampa.

Sus vestimentas incluía lana y cuero, usaban además unos tocados de lana en la cabeza en las que ensartaban plumas metálicas. El metal lo obtenían por intercambio con los pueblos diaguitas andinos del oeste. Obtenían por esta vía también, el cebil, droga que aspiraban por la nariz, (Sotelo Narvaez, R.G.I. 395). Los bosques de cebil están en Tucumán, parte de Catamarca y el Chaco. Otro objeto que probablemente poseían por trueque era el caracol marino *Uro Salpinx Rushi* que proviene de la costa de la provincia de Buenos Aires y del litoral atlántico uruguayo. ¿Quiénes fueron los intermediarios? Serrano sugiere que serían los Timbues, que cruzaban el territorio comechingon para obtener el metal de los pueblos andinos. (Serrano, 1945, 273-275).

El ayllo se menciona como la base de la organización social de los comechingones. Cada ayllo poseía tierras delimitadas y separadas de los ayllos vecinos. Estas tierras eran trabajadas en común, si bien cada parcialidad o familia tenía una parcela dentro de ella. Constantes litigios, que se atribuían a hechizos, dividían los ayllos, lo que daba origen a nuevos pueblos o carriños, pero siempre dentro del agro común. Cada ayllo tenía un cacique, pero éstos estaban supeditados a organizaciones mayores sobre las que se imponía un "gran cacique". Todas las parcialidades tenían la obligación de concurrir a ayudar al cacique general en la recolección de su maíz y algarrobo y de juntarse en su casa en borracheras rituales (Serrano, 1945, 329-331).

Según Cieza de León, tenían por dioses al sol y a la luna. Para Serrano, el sol y la luna más que dioses serían la representación de héroes civilizadores (Serrano, 1945, 333). Sabemos además que tenían especiales ritos de paso para festejar la primera menstruación de las niñas.

c) La región comprendida entre el río Zañjon (provincia de San Juan) y Diamante (provincia de Mendoza), las lagunas de Guanacache y la zona montañosa del Noreste estuvo habitado al momento del descubrimiento por los Huarpes. Se dividían en tres grandes grupos, al norte, los Huarpes allentiac, al sur, los Huarpes Millcayac y al este los Huarpes Puntanos. Las lenguas de los dos primeros es

conocida por la obra del padre Luis Valdivia, "Doctrina cristiana y catecismo en la lengua Allantiac, que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera, con un confesionario, arte y vocabulario Breves", publicada con introducción y notas de Canals Frau (1940).

La expedición del Villagra 1533, en su regreso del Perú, en contró la provincia de Cuyo poblada por mucha gente. Bibar dice que sus habitantes eran buenos labradores, que regaban sus campos por medio de acequias, menciona los cultivos de maíz, frijoles y quínoa. Agrega que poseían muchos guanacos, por los que debemos entender llamas. Había también un énfasis en las prácticas de ca za. La gente vestía con ropas de lana de camélido. Hacia el sur, en las cercanías del río Diamante, la población disminuía notablemente. Agrega el cronista que los Huarpes tenían el tipo de costumbres que se practicaba en el valle del Mapocho, seguramente aludiendo a la organización social y religiosa (Bibar, 164, 165). Aunque, si interpretamos correctamente al cronista Lovera su sistema dual de cacicazgo era mas cercano al de los grupos andinos nucleares que al sistema de cacicazgo independientes de los picunches del Mapocho. El análisis de Michieli (1976) contradice ésta última hipótesis.

El carácter agrícola y andinizado se aplica a los Huarpes que ocupaban el sector occidental, en cambio los que vivían en la laguna de Guanacache poseían un estilo de vida propia de los pueblos cazadores recolectores. Según el padre Diego de Torres (1610 este grupo tenía su fuente de subsistencia principal en las raíces de totora y pescados. Completaban su dieta con la caza de animales terrestres y aves así como recolectando frutos de algarrobo (Serrano, 1945, 154). Estos huarpes fabricaban una balsa de to ra de 4 a 5 mts. de largo.

Estos pueblos andinos meridionales que hemos denominado *periferia-este* se caracterizan como hemos visto por tener una economía básicamente agrícola y ganadera, pero estrechamente conecta da a prácticas y a pueblos cazadores recolectores nómadas. Al norte, al ocupar parte del chaco, es natural que se vinculasen con pueblos de esa área, como en el sur estaban en contacto con los pueblos pampinos.

Periferia sur. El otro sector periférico de agricultores andinos meridionales es el conjunto de pueblos Mapuches que seguían al sur del área diaguita chilena. Generalmente se distinguen tres gran áreas; los picunches o gente del norte, desde el Mapocho hasta el

Maule; los araucanos, desde el Maule al Tolten y los huilliches gente del sur desde Tolten hasta la isla de Chiloé. Si bien estas diferencias son extraordinariamente fluidas, por aludir más a cuestiones de posición geográfica desde el punto de vista de un grupo que se considera centro, tienen sin embargo, fundamento económico y cultural.

Los mapuches del sector norte deben ser separados en dos grupos distintos: los del Valle del Mapocho y los *promaucaes* desde el río Maipo al sur. Los primeros fueron conquistados por los Incas los que incorporaron nuevas áreas al cultivo, construyendo acequias y canales de irrigación significativos, mencionados en las crónicas y en los títulos de propiedades de españoles. Los segundos recibieron el mote de los cuzqueños, quienes vieron su agricultura como pobre, con énfasis en la recolección e interpretaron su resistencia a servirles, como flojera llamandolos "lobos monteses" o *promaucaes* (Bibar, 135). Al sur del Mapocho el control del medio era bastante pobre a juzgar por las evidencias etnohistóricas.

Sin embargo, al sur del río Maule, área donde terminaba la irrigación artificial y la agricultura dependía de las aguas de lluvias, la población aumentaba considerablemente. Aunque no existe un estudio histórico detallado de la demografía picunche, se pueden señalar algunas estimaciones para la época de contacto. Sobre la base de la carta de Pedro de Valdivia a Hernando Pizarro en 1545, se deduce que desde Copiapó al Valle del Maule había en ese momento alrededor de 75.000 personas (15000 "indios" multiplicado por 5 o el equivalente de una unidad doméstica). Agrega que se habrían muerto en esos años (desde 1540 cuando él inició la conquista de Chile) otros tantos; serían entonces 150000 en 1540. Si descartamos a los diaguitas chilenos de esa cifra y los pobladores del Valle del Aconcagua, que hemos estimado en 20000 y 7500 respectivamente, tendríamos 122500 habitantes para el área mapuche del norte o picunches siguiendo a Valdivia. Bibar informa en 1558, que la jurisdicción de Santiago, es decir, desde el Valle del Aconcagua al Maule, tenía más de 25000 indios cuando los españoles entraron en la tierra 1540 y que a la fecha que escribía (1558) no quedaban sino 9000 (Bibar, 213). Usando los mismos criterios anteriores para interpretar estos datos, la cifra de Bibar indicaría una población total de 125000 habitantes en 1540, descartados los del Valle de Aconcagua se reducen a 117500. De modo que la población picunche oscilaría entre esta última cifra y 122500; a esto se agrega que la declinación demográfica, según estos informantes,

fue rápida y devastadora, 50% según Valdivia en los primeros 5 años de la conquista y, un 72% en los primeros 18 años siguiendo a Bibar.

Estimar la población araucana y huilliche del momento de contacto con los europeos es bastante más difícil. Sólo median 4 o 5 años entre los primeros establecimientos españoles y el alzamiento general en el que murió Valdivia, por tanto, los conquistadores solo dejaron estimaciones fragmentarias y del número de guerreros que participaron en las batallas, exagerando el número de estos últimos. Pero aún así, todos los testigos oculares que participaron en las primeras expediciones quedaron asombrados por la densidad poblacional que observaron en los sectores de la costa y llano central. Valdivia, en 1551, llevado por su entusiasmo le escribe al rey que la araucanía "es todo un pueblo e una simentera y una mina de oro, y si las casas no se ponen unas sobre las otras, no pueden caber en ella mas de las que tienen". Thayer Ojeda, (1917, 252), calcula para esa área una población que oscila entre 980000 y 1440000 (incluyendo Chiloé) como mínimo y máximo respectivamente. Cooper señala que las estimaciones de la población araucana, al momento de contacto oscilan entre 500000 y -- 1500000, siendo imposible decir cual está más cerca de la verdad, pero no hay duda que el área fue densamente poblada y reducida enormemente con posterioridad (Cooper, Vol. 2, 694-695). Steward se inclinó por la estimación de 1000000 de habitantes (Vo. 5, 658) y nosotros mismos pensabamos que esa cifra se aproximaba más a lo que debió ser la realidad araucana en 1550, pero que solo 5 años después, la confluencia de una sequía prolongada, la guerra a muerte con destrucción de cultivos, el hambre, una epidemia de viruelas y la desorganización de los modos de vida indígenas redujeron esa población en más de un 60% (Hidalgo, 197 b). La línea de decrecimiento demográfico debe haber continuado. En 1870, según un reciente estudio, la población araucana, incluyendo las áreas argentinas de influencia araucana, alcanzaba a la magra cifra de - 115000 personas (León, 1979, 9).

La variedad e inseguridad de las cifras tempranas, lo men - guado de la población araucana en el siglo XIX y consideraciones teóricas sobre la relación entre densidad demográfica y el sistema de agricultura de tala y roce, arrojan razonables dudas sobre las estimaciones más altas de la época de contacto.

La economía de subsistencia de los araucanos en víspera de la conquista debe haber variado en consideración a las subáreas ecológicas que integraban su región. En las tierras altas de la

cordillera de los Andes, habitat de los pehuenches, predominó una economía de recolección del piñón de la araucaria "de ellos hacen el pan, el vino y los guisados" (Lovera, 268), y de caza. En el valle central, en cambio, los cronistas describen ganadería de ca^umélidos y una producción agrícola que incluía gran parte de las plantas cultivadas en los Andes, tales como maíz, poroto, papas, quínoa, ají, etc., además de la adaptación de algunas especies lo^ucales del género gramíneo: *madi* (*Madia sativa*), *teca y mango* (*Br^umus mango*). Estas especies, al igual que el pehuén podían asegurar la conservación de las reservas energéticas agrícolas durante todo el año. La técnica agrícola, en las áreas abiertas, debe haber sido un sistema de siembra de semillas, con descanso de la tierra por varios años. En las áreas boscosas era necesario talar y quemar los árboles, permitiendo además que la tierra se se^ucara lo suficiente para realizar la siembra y la cosecha (Dillehay, 1976, 10). En la zona costera la humedad hacía difícil la agricultura, pero la abundancia de pesca, mariscos y caza marina ofrecía recursos suplementarios. El uso de embarcaciones estaba ampliamente extendido en el área. Varias islas así como determinados puntos de la costa estaban densamente poblados a juzgar por el testimonio de los cronistas. Cabe destacar que si bien la técnica de tala y roce no permite la misma densidad y estabilidad de población que la agricultura hidráulica intensiva, en cambio, el aumento de precipitaciones permitió el cultivo regular de los extensos interfluvios. Al norte de esta área, los terrenos sobre el nivel del riego sólo podían ser ocupados ocasionalmente cuando gozaban de lluvias o fueron, en el mejor de los casos, pastizales de temporada. Por esta razón y por que la técnica de tala y roce no requiere de grandes concentrados humanos, los araucanos pudieron distribuirse ampliamente en un patrón de viviendas dispersas, junto a sus campos de cultivo. Sin embargo, el gran número de plantas y árboles silvestres con frutos comestibles que se integraban a la subsistencia, 75 a 100 variedades según Cooper, ha hecho pensar a varios autores que la agricultura no fue tan importante en la vida de los araucanos como en otros pueblos andinos, (Faron, 1961; Dillehay, 1976; Melville, 1976). Por otra parte, la necesidad de grandes extensiones de tierra, que implica el sistema de horticultura de tala y roce, en varios estados de cultivo y bosques en regeneración habría generado la competencia por la tierra. Siendo este el principal motivo de guerra entre los asentamientos y de la ausencia de cohesión política entre los araucanos (Dillehay, 1976, 25-29).

Cada parcialidad o grupo de parentesco tenía su propio jefe o autoridad local. Pero estos jefes estaban investidos con muy

poco poder cohesivo. Su autoridad dependía de su prestigio y capacidad de persuasión. Cooper resume las limitaciones de estos jefes diciendo "They had no recognized right to inflict punishment, to claim tribute or personal service, or to demand obedience from their kinsfolk or "subjects" The latter paid no attention to them and did as they pleased if the leaders showed themselves arrogant or domineering" (Cooper, V. 2, 724). Dada esta estructura la mayor parte de las decisiones importantes eran tomadas en consejos de los hombres responsables de casas o niveles más amplios. Bibar establece que la organización mayor era el *lebo* o cabeza de la parcialidad cada lebo a su vez tenía 7 u 8 *Cabis* que eran agrupaciones menores, cada una con un "señor principal", el lugar donde se reunía el lebo ciertas veces en el año se llamaba *regua*. Según el cronista mencionado el objeto de esas reuniones era "averiguar pleitos y muertes, y allí se casan y beben largo.... si tienen guerra con otro señor todos estos cabis y señores son obligados a salir con sus armas y gente a favorecer aquella parcialidad según y como allí se ordena. El que falla de salir tiene pena de muerte y perdida toda su hacienda. Si entre estos principales tienen alguna diferencia u otros particularmente, allí los conciertan y averiguan, y allí venden y compran los días que aquel cabildo y junta dura" (Bibar, 160). Más tarde, parece ser, aparecen agrupaciones mayores que fueron nominadas *ai-llarewe* (= 9 + rewe) o agrupación de lebos (= rewe); a su vez estos se integraron para los propósitos de guerra y parlamento con los españoles en *vutanmapu*, que fueron subdivisiones del territorio araucano en franjas que correspondían a la costa, el valle central y la región sub-andina. Posteriormente, se agregaron los *vutanmapus* de las gentes que poblaban al sur del Tolten y en la cordillera andina. Sin embargo, la creación de estas divisiones provinciales no contribuyeron a centralizar el poder, pero probablemente hicieron más fáciles las comunicaciones. Aún cuando la mayoría de los jefes eran hereditarios, en caso de guerra se elegía un líder por el tiempo que durase el conflicto.

Respecto a sus creencias, se aprecia que los habitantes del Mapocho habían adoptado de los Incas el culto al sol y a la luna, que no se encuentra en el sur. Todos ellos compartían prácticas shamanísticas y fiestas o borracheras solemnes que hemos descritos para otros grupos al igual que los hechiceros. Los entierros de la gente común se hacían en el terreno que había sido el campo de cultivo más apreciado por la persona fallecida. Se le dejaban diversas semillas en sus manos para que continuara las siembras en la otra vida. Los jefes araucanos en cambio, yacían en troncos -

ahuecados, uno cubriendo otro, como ataúdes o canoas superpuestas, los que eran ubicados en encatrados de palos, elevados sobres horcones cerca de sus casas (Bibar, 135, 156). Otras creencias asociadas a los jefes es que después de su muerte vivían en los volcanes o en las estrellas. Tradiciones más tardías interpretaban las tormentas, truenos y relámpagos como batallas libradas en el cielo entre sus antepasados y los españoles. Según Cooper, es probable que algunos aspectos de la creencia mapuche en un ser su premo fueran en realidad prehispánicas, por cuanto no se le vincula a un orden moral y se le invocaba para solicitarle favores materiales (Cooper, Vol. 2, 742). Existían sin embargo, otros dioses y toda una gama de espíritus y demonios.

Después de su contacto y enfrentamiento con los españoles - la vida de los mapuches cambió considerablemente, algunos cultivos autóctonos desaparecieron y se adaptaron otros europeos que maduraban mas temprano (cebada y trigo), permitiéndolo levantar las cosechas antes que se iniciaran los ataques españoles durante los meses de verano. El ganado autóctono fue reemplazado también por los animales traídos por los españoles. En los siglos XVII y XVIII el caballo, cuya importancia en la guerra fue indudable, les permitió junto a otras armas y técnicas bélicas, conquistar las pampas argentinas, araucanizando los antiguos grupos tehuelches, no obstante que su potencial demográfico había disminuido considerablemente, (Zapater, 1973).

NOTAS

- (1) Este trabajo es parte del capítulo *Indians of Southern South America* escrito para el volumen I "The Cambridge History of Latin America" que está editando el Dr. Leslie Bethell con Cambridge University Press.

En consideración a que el Dr. John Murra ha escrito un capítulo para la misma obra, donde analiza e interpreta el área Andina centro y centro sur, procuré centrar mi estudio de los grupos andinos desde Tarapacá, Atacama y Omaguaca al sur sin referirme a algunas áreas, tal como el altiplano boliviano que generalmente se incluyen en este sector. Por otra parte, este trabajo fué escrito sin haber conocido el texto de L. G. Lumbreras (1977) ni la discusión que le siguió, donde se plantea una nueva definición del área andina y sus divisiones. Lo hemos incluido sin embargo en la bibliografía ya que los criterios que él utilizó fueron los mismos que nos

animaron a nosotros aunque el enfoque etnohistórico me ha llevado por distintos resultados. Finalmente vale aclarar que si bien la presencia inca está constantemente presente en el análisis del área en cuestión, no hemos preocupado preferentemente del conocimiento de las culturas locales, por lo cual hemos dejado para otra ocasión el análisis de los incas en el sector Meridional de su imperio.

Mi reconocimiento a Olivia Harris, Leonardo León y Virgilio Schiappacasse cuyas valiosas sugerencias me permitieron enriquecer el original. Debo agradecer así mismo al Profesor John Lynch, director del Institute of Latin American Studies, y mi supervisor en la Universidad de Londres, quién sugirió mi nombre al Dr. Bethell y me hizo valiosas sugerencias en el trabajo. Mis agradecimientos, además, a la Fundación - Ford y la Universidad del Norte que financiaron mis estudios en Londres, cuyas bibliotecas me permitieron intentar este trabajo. Especial reconocimiento debo a mi amigo Alan Biggins, bibliotecario, por su orientación en la búsqueda bibliográfica.

- (2) No obstante lo anterior nuevas evidencias, aún no publicadas indican que hacia la época de los desarrollos regionales, grupos de pescadores con una ergología similar a los campesinos de los valles en lo que a vestimenta se refiere, diferían en su patrón habitacional construyendo sus casas con materiales ligeros y toldos (véase Iván Muñoz en este número). Por otra parte dos cementerios de pescadores de la misma época (Desarrollo Regional) del sitio Chacalluta 5 excavados por Oscar Espouyes mostraron diferencias notables de ofrendas y vestuarios entre un grupo y otro, lo que acentuaría la idea de que ya antes de los españoles, por razones que es necesario investigar y que se podrían vincular con diferencias étnicas, habían pescadores con bagaje cultural avanzado y el otro rudimentario y escaso. (Espouyes, comunicación personal).
- (3) Hemos leído recientemente un trabajo que le niega completamente el valor de testimonio auténtico al informe del ingeniero Bresson, argumentando que su descripción de los changos habría sido plagiada de Phillippi y que el vocabulario "que Bresson presenta como supuestamente Chango es técnicamente araucano contemporáneo y sólo se diferencia de éste en algunas variaciones ortográficas y un par de leves desviaciones en lo conceptual. Si hubiese existido una comunidad araucana en Paposo, ésta habría constituido una especie

de esta lingüística con características propias, pero nada de esto es aparente en el léxico entregado por Bresson" El autor que emite estas opiniones es partidario de la tesis de que los Changos sería el grupo étnico más antiguo de la costa norte de Chile y que "constituyó una entidad lingüística independiente que desapareció durante la colonia" (Lehnert, 1978).

BIBLIOGRAFIA

AMPUERO, Gonzalo

1978

Notas para el Estudio de la Cultura Diaguita Chilena. *Boletín* 16: 111-124, Museo de Arqueología de La Serena. Edición Homenaje a Dn. - Jorge Iribarren Charlin.

AMPUERO, G. y HIDALGO, J.

1975

Estructura y proceso en la Prehistoria y Protohistoria del Norte Chico de Chile. *Revista Chungará* 5: 87-124. Universidad del Norte, - Depto. Antropología, Arica.

BARZANA, Alonso de

1965

Carta del P. Alonso de Barzana, de la Compañía de Jesús, al P. Juan Sebastián, su provincial. Fecha en la Asunción de Paraguay a 8 de Septiembre de 1594. *Relaciones Geográficas de Indias Perú*, II, 78-86. *Biblioteca de Autores Españoles*, 184, Madrid.

BENNETT, Wendell C.

1942

The Peruvian Co-Tradition. "A Reappraisal of Peruvian Archaeology". *Memoirs of the Society, for American Archaeology*. Number 4, pp. 1-7. Menasha.

BIBAR, Gerónimo de

1966

Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile. 1558, Santiago.

BIRD, Junius

1946

The cultural sequence of the North Chilean Coast. *Handbook of South American Indians*. - Vol. 2: 587-594.

- BITTMANN, Bente
1979 Cobija y alrededor en la Época Colonial (1600-1750). *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Altos de Vilches, 1977, Vol. II, Ediciones Kultrun. Santiago.*
- BITTMANN, B., R. P. LE PAIGE, G., S.J. and NUÑEZ, L.
1978 *Cultura Atacameña. Santiago.*
- CABRERA, Gerónimo Luis de
[1573] 1965 Relación en suma de la tierra y poblaciones que don Gerónimo Luis de Cabrera, gobernador de las provincias de los Juries, ha descubierto, donde poblar en nombre de su Majestad una ciudad. *Relaciones Geográficas de Indias, I, 388-389. Biblioteca de Autores Españoles, 183. Madrid.*
- CANALS FRAU, Salvador
1940 "Luis de Valdivia: Doctrina cristiana y catecismo en la lengua Allentiec del P...", con introducción y notas de Salvador Canals Frau, *Anales del Instituto de Etnografía Americana, Tomo I: 19 a 99. Mendoza.*
- 1953 *Las poblaciones indígenas de la Argentina: su origen, su pasado, su presente. Buenos Aires.*
- CARDICH, Augusto
1975 *Agricultores y pastores en Lauricocha y límites superiores del cultivo. Revista del Museo Nacional, T. XLI: 11-36, Lima.*
- CASASSAS, C., J. M.
1974 *La región atacameña en el siglo XVII. Universidad del Norte, Antofagasta.*
- CIEZA DE LEON, Pedro de
[1553] 1947 *Primera parte de la crónica del Perú. Biblioteca de autores Españoles, Tomo 26: 349-458.*
- COOPER, John M.
1946 *The araucanians. Handbook of South American Indians, Vol. 2: 687-760. Washington.*

- CORNELY, Francisco L.
1956 Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle.
Santiago.
- D'ANS, Andre-Marcel
1976 Chilueno o arauco, idioma de los changos del
norte de Chile, dialecto mapuche septentrional
Estudios Atacameños No. 4: 124-130. Universi-
dad del Norte, Museo de Arqueología San Pedro
de Atacama.
- DIEZ DE SAN MIGUEL, Garci
[1567] 1964 *Visita hecha a la provincia de Chucuito.* Docu-
mentos regionales para la etnología y etnohis-
toria andinos, No. 1 Casa de la Cultura. Lima.
- DILLEHAY, Tom
1976 a Estudios Antropológicos sobre los mapuches de
Chile sur central. Recopilación e introducción
de Tom D. Dillehay. Pontificia Universidad Ca-
tólica de Chile. Sede Regional Temuco.
- 1976 b Observaciones y consideraciones sobre la Prehis-
toria y la temprana época histórica de la Región
centro sur. *Estudios Antropológicos sobre los
Mapuches...* Recopilación de T. Dillehay (1976).
Temuco.
- DUVIOLS, Pierre
1973 Huari y Llacuaz Agricultores y Pastores. Un
dualismo prehispánico de oposición y complemen-
tariedad. *Revista del Museo Nacional*, T. XXXIX:
153-191. Lima.
- FARON, Louis C.
1961 Mapuche social structure. Institutional rein-
tegration in a patrilineal society of central
Chile. Univ. of Illinois Press (Illinois stud-
ies in Anthropology).
- GONZALEZ, Alberto Rex
1963 Cultural development in northwestern Argentina
Meggers, Betty J. and Clifford Evans, Eds.
*Aboriginal cultural development in Latin Ameri-
ca: an interpretative review:* 103-117.

- GONZALEZ, Alberto Rex
1974 Arte, Estructura y Arqueología. Análisis de figuras duales y anatópicas del N. O. Argentino. Buenos Aires.
- GONZALEZ, Alberto Rex y José Antonio PEREZ
1966 Argentina Indígena: vispera de la conquista. (Colecc. Hist. Argentina, I) Buenos Aires.
- HERRERA y TORDESILLAS, Antonio de
1901 Descripción de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano que llaman Indias Occidentales. Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo XXVII. Santiago.
- HIDALGO, Jorge
1971 Algunos datos sobre la organización dual en las sociedades protohistóricas del Norte Chico de Chile. El testimonio de los cronistas. *Noticiario Mensual del Museo Nac. de Historia Natural* No. 178. Santiago.
- 1972 a *Culturas Protohistóricas del Norte de Chile.* Cuadernos de Historia No. 1, Depto. de Historia, Universidad de Chile. Santiago.
- 1972 b Algunas notas sobre los mapuches protohistóricos. *III Semana Indigenista*, Univ. Católica de Chile, Temuco.
- 1978 Incidencias de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama desde 1752 a 1804. Las revisitas inéditas de 1787-1792 y 1804. *Estudios Atacameños* 6: 53-111, San Pedro de Atacama.
- IBARRA GRASSO, Dick Edgar
1967 Argentina Indígena y Prehistoria Americana. Buenos Aires.
- IRIBARREN CH., Jorge
1962 Relaciones entre las culturas Diaguitas de Argentina y Chile. *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía: Vinculaciones de los aborígenes argentinos con los demás países*

límites: T. II: 110-127. Buenos Aires.

- JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos (compilador)
1 965 (1 881-97) *Relaciones Geográficas de Indias*. 3 Tomos. *Biblioteca de Autores Españoles*. Madrid.
- KESSEL, J. Van
1980 *Holocausto al Progreso*. Los Aymará de Tarapacá. Centrum voor studie en Documentatie van Latijns-Amerika. Amsterdam.
- LARRAIN, Horacio
1975 *La población indígena de Tarapacá (Norte de Chile) entre 1538 y 1581*. *Norte Grande*, Vol. I No. 3-4, Instituto de Geografía, Universidad Católica de Chile, Santiago.
- LATCHAM, Ricardo
1936 *Prehistoria Chilena*, Santiago.
- LEHNERT SANTANDER, Roberto
1978 *Acerca de la lengua de los changos del Norte de Chile, perspectiva bibliográfica*. *Cuadernos de Filología* 8: 35-52, Universidad de Chile, Departamento de Idiomas. Instituto de Literatura Nortina, Antofagasta.
- LEON, Leonardo
1979 *The Araucanian Rebellion of 1867-1872 in Argentina and Chile*. Unpublished M.A. Dissertation, University of London.
- 1 981 *Alianzas militares entre los indios araucanos y los grupos indios de las pampas: La rebelión araucana de 1867-1872 en Argentina y Chile*. *Nueva Historia*, año I, No. 1, pp. 3-49, Asociación de Historiadores chilenos (U.K.) Londres.
- LOVERA, Pedro Mariño de
[1595] 1867 *Crónica del Reino de Chile*. *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Tomo VI, Santiago.

- LOZANO, Pedro
1754-55 *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, 2 Vols. Madrid.
- LOZANO MACHUCA, Juan
[1581] 1965 *Carta del factor de Potosi Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú, en donde se describe la provincia de los Lipes. Relaciones Geográficas de Indias, Perú, Tomo II, Biblioteca de Autores Españoles 184.* Madrid.
- LUMBRERAS, Luis Guillermo
1969 *El Area cotradicional Meridional Andina. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXX: 65-79, Santiago.
- 1977 *Propuesta de una definición del Area Andina, Documento para revisión. Proyecto Regional de Patrimonio Cultural Andino. UNESCO/PNUD. Paracas 1979 (OFFSET).*
- GONGORA MARMOLEJO, Alonso de
[1575] 1862 *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575. Colección de Historiadores de Chile, II, Santiago.*
- MARTINEZ, Gabriel
1976 *El sistema de los Uywiris en Isluga. Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige. Universidad del Norte, pp. 255-327. Antofagasta.*
- MEDINA, José Toribio
1888-1902 *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipú, 1518-1818. 30 volúmenes, Santiago.*
- MELVILLE, Tomás
1976 *La naturaleza del poder social del mapuche contemporáneo. Dillehay, 1976. Estudios Antropológicos: 101-144. Temuco..*

- MICHELINI, C. T.
1976
Organización Social y Religión en los Huar -
pes Protohistóricos. *Publicaciones 2*, Univ.
de San Juan, Instituto de Investigaciones Ar-
queológicas y Museo San Juan, Argentina.
- MOLINA, Cristóbal de
[1553?] 1968
Relación de muchas cosas acaecidas en el Pe-
rú. *Biblioteca de Autores Españoles*, Tomo
209: 56-95.
- MONTANE, Julio C.
1971
En torno a la cronología del norte Chico.
Actas V Congreso Nacional de Arqueología:
167-183. La Serena.
- MONTES, Anibal
1965
Encomiendas de Indios Diaguitas documentadas
en el Archivo Histórico de Córdoba. *Revista
del Instituto de Antropología II-III*: 7-29.
Universidad Nacional de Córdoba.
- MOSTNY, Grete
1969
Ideas Mágico-religiosas de los Atacameños.
*Boletín del Museo Nacional de Historia Natu-
ral* 30: 129-145. Santiago.
- MURRA, John
1972
El control vertical de un máximo de pisos eco-
lógico en la economía de las sociedades andi-
nas. Ortiz de Zúñiga, Inigo, 1967-72 (1562).
Visita de la Provincia de León de Huánuco... 2
tomos. Universidad Nacional Hermilio Valdi-
zán. Huánuco, Perú.
- NUÑEZ, Lautaro
1968
Subárea Loa-costa chilena desde Copiapó a Pi-
sagua. *Congreso Internacional de Americanis-
tas XXXVII*, Mar del Plata, 1966. *Actas y Me-
morias* V. 2, p. 145-180.
- 1976
Geoglifos y tráfico de caravanas en el desier-
to chileno. *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige*,
S.J. Antofagasta, Universidad del Norte, p.
147-202.

- NUÑEZ, Lautaro y DILLEHAY, Tom
 1978 Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica (ensayo). Universidad del Norte, Antofagasta. (mimeografiado).
- NUÑEZ RUGEIRO, Victor A.
 1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del noroeste argentino. *Rev. del Instituto de Antropología* 5. Universidad Nacional de Córdoba, pp. 169-190.
- OVIEDO y VALDES, Gonzalo Fernández de
 1901 Historia General y Natural de las Indias Islas y tierra firme del mar océano. *Colección de Historiadores de Chile*, Tomo XXVII: 1-254.
- 1959 Historia general y natural de las Indias. Ed. y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela. *Biblioteca de Autores Españoles*: 117-121. Madrid.
- PALAVECINO, Enrique
 1948 Areas y capas culturales en el territorio argentino. *GAEA*. Tomo VIII: 447-523. Buenos Aires.
- PEASE, Franklin
 1973 El Dios creador Andino, Lima.
- PLATT, Tristan
 1976 Espejos y Maíz: Temas de la estructura simbólica Andina. *Cuadernos de Investigación No. 10*, CIPCA, La Paz.
- PRIMER LIBRO DE ACTAS DEL CABILDO DE SANTIAGO, llamado generalmente Libro Becerro de 1541-1557. 1861 *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, T. I, Santiago.

- RAFFINO, Rodolfo
1972 Las Sociedades agrícolas del período tardío en la Quebrada del Toro y aledaños (prov. de Salta). *Revista del Museo de La Plata* (Nueva serie), sección Antropología, tomo VII, 45: 157-210. La Plata.
- 1973 Agricultura hidráulica y simbiosis económica demográfica en la Quebrada del Toro, Salta, Argentina. *Rev. del Museo de La Plata*. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo 7: 297-331. La Plata, Argentina.
- RAFFINO, Rodolfo y Eduardo Mario CIGLIANO
1977 Un modelo de poblamiento en el N.O. Argentino. Período de los desarrollos regionales. III Congreso Peruano, *El Hombre y la Cultura Andina*. Actas y Trabajos Tomo III: 673-707.
- SALAS, Alberto Mario
1945 El antigal de Cienega Grande. (Quebrada de Purmamarca, Prov. de Jujuy). *Sobretiro de Filosofía y Letras, serie A, V*. Buenos Aires.
- SERRANO, Antonio
1945 Los comechingones, Córdoba.
- 1947 Los aborígenes argentinos. *Síntesis etnográfica*. Buenos Aires.
- SOTELO NARVAEZ, Pedro
1583 1965 Relación de las provincias de Tucumán que dió Pedro Sotelo Narvaez. *Relaciones Geográficas de Indios, T. I, Biblioteca de Autores Españoles, 183*.
- STEWART, Julian
1949 *The Native Population of South America. Handbook of South American Indians*, vol. 5: 655-668.

- TARRAGO, Myrian Noemi
1974 Aspectos ecológicos y poblamiento prehispánico en el Valle Calchaquí, provincia de Salta. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 195-216 Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
- THAYER OJEDA, Tomás
1917 Ensayo crítico sobre algunas obras históricas - utilizables para el estudio de la Conquista de Chile. Santiago.
- VALDIVIA, Luis de
[1606] 1887 Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile, con un vocabulario y confesionario. Edición preliminar. Leipzig (First ed. Lima).
- [1607] 1940 Lengua Allentiac. (Doctrina Cristiana y Catecismo en la lengua allentiac, que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera con un confesionario, Arte y Vocabulario Breves). *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, T. I, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras: 19-99.
- 1897 Nueve Sermones en lengua de Chile. Santiago.
- VALDIVIA, Pedro de
[1545-1552] 1955 Cartas, Ed. del Pacífico. Santiago.
- VILLALOBOS, Sergio
1962 Almagro y los Incas. *Revista chilena de Historia y Geografía* No. 130. Santiago.
- WACHTEL, Nathan
1978 Hommes d'eau: le probleme uru (XVI-XVII siecle) *Annales, Economies Societes Civilisations*, 33^e Année No. 5-6: 1127-1159. Paris.
- WILLEY, Gordon
1971 An introduction to American Archaeology, vol. II South America. Prentice-Hall, Inc. New Jersey.
- ZAPATER, Horacio
1973 Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros, 142 pp. Santiago.